

Perspectivas británicas sobre el diferendo de Malvinas*

*Robin Wallis ***

Me dirijo a ustedes como representante del Consejo del Atlántico Sur. Mi presentación se basa parte en las opiniones y deliberaciones de mis colegas en el Consejo, pero la perspectiva que expondré será mía. Evaluaré aspectos de la actuación de las partes del diferendo, con el fin de identificar rasgos más (o menos) positivos para la evolución de las relaciones entre esas partes.

La perspectiva británica

Primero, una evaluación personal sobre la visión británica del diferendo. Se ha publicado un montón de libros que tratan de explicar el carácter y los valores de los ingleses. Todos sabemos los estereotipos, resumidos perfectamente por Borges cuando se refirió a las amistades entre ingleses que ‘empiezan por excluir la confianza y que muy pronto omiten el diálogo’(1). Me parece el punto de partida perfecto para nuestro análisis de la política británica hacia la Argentina.

Como ya se sabe bien, en ciertos casos notorios, la política del gobierno de Londres ha estado sometida a los deseos de las comunidades que habitan sus territorios de ultramar. En estos casos los deseos de los pocos parecen tener una desproporcionada influencia sobre la política de una nación de 60 millones. ¿Qué características nacionales se reflejan en este fenómeno?

Una de ellas sería un exagerado énfasis sobre el sentimiento en lugar de un cálculo frío de los intereses. Se observa un pronunciado deseo de respaldar al desamparado – en inglés, ‘the underdog’ – enfrentado por una potencia mayor y hostil en otra parte del mundo. Recordemos que el Reino Unido justificó su entrada en la primera Guerra Mundial como la necesidad de ayudar a la ‘pobre Bélgica’, y en la segunda Guerra Mundial en términos de la defensa de Polonia ante la ‘máquina de guerra’ nazi. Una interpretación positiva de esta forma de pensar sería que demuestra un elevado compromiso con los derechos de los vulnerables. Cuando el desamparado es de origen británico, se añade a la mezcla elementos de patriotismo y de nostalgia por un pasado en el que el mundo parecía un ambiente idóneo para la expansión británica.

Mencioné la Segunda Guerra Mundial. Creo que ésta se ha convertido en un mito fundacional de la cultura británica. En esa Guerra el pueblo británico fue amenazado por una cruel y poderosa dictadura. Durante una etapa Gran Bretaña se enfrentó a esa amenaza sola, inspirada por un líder no convencional y atrevido, quien aceptó riesgos y se comprometió totalmente con sus creencias. No es de extrañar entonces que este ‘mito’ se convirtiera en el paradigma a través del cual se recuerda la Guerra de Malvinas. Por eso hace unos meses la señora Thatcher fue enterrada con honores militares, y con la prensa popular concediéndole el mismo estatus que a Churchill. Lo que se recuerda de las dos Guerras es el liderazgo fuerte, la disposición a aceptar sacrificios, y la resistencia al acoso y a las formas de pensar extremistas. La moderación vale mucho en la cultura política británica.

La opinión pública británica

Así es que, cuando el tema de Malvinas se replantea en las portadas de los diarios, la opinión pública británica responde de forma previsible. Psicológicamente, la mayoría recurre al arquetipo de la Guerra de 1982, la única realidad que se conoce sobre las Islas. Se sostiene que hace 30 años se libró una batalla sobre el territorio que la Argenti-

* Este artículo corresponde a la disertación del señor Robin Wallis durante el Seminario Malvinas en el Consejo Argentino para las Relaciones Internacionales el 22 de agosto de 2013. Versión en castellano del 12 de octubre de 2013.

** Robin Wallis / Representante del South Atlantic Council.

na perdió, y que hay que respetar el resultado – por cuestión de ‘fair play’; se afirma que los isleños han dejado muy claro que quieren mantener su estatus como territorio de ultramar del Reino Unido; y hasta se declara que las islas son británicas, reflejando el refrán preferido del Foreign Office de los últimos años, según el cual los británicos ‘no dudamos de’ la soberanía de las Islas. Estas posturas se reflejan en las opiniones radiofónicas, en los editoriales de los diarios, y en las declaraciones de los políticos, quienes están muy seguros de que sería poco prudente atreverse a cuestionar una postura tan arraigada en la cultura popular.

En todo esto, el Foreign Office mantiene un perfil relativamente bajo. Desde los años 60 hasta 1980, el Foreign Office protagonizó la exploración de un posible cambio del estatus de las Islas. Desde la Guerra, ha adoptado un papel más reactivo. La primera prioridad de los encargados del tema Malvinas es minimizar molestias, evitar iniciativas, y asegurar que el viceministro responsable no enfrente preguntas difíciles en el Parlamento. El mantra del Foreign Office es ‘manejar la disputa’(2). En el Consejo del Atlántico Sur, preferimos seguir buscando una solución negociada aceptable a todas las partes, aunque somos quizás el único organismo británico que se dedica a esa vocación.

La Guerra(3) cambió todo

Aquí dejo de hablar de los británicos, menos una conclusión importante: la Guerra de 1982 transformó la percepción británica de las Islas Malvinas. Antes, esas Islas desconocidas eran una comunidad de individuos robustos con un nivel de vida no muy alto. Los gobiernos británicos entre los años 60 y 1980 no dudaban de evaluar con sus homólogos argentinos formas de desprenderse de su responsabilidad poco práctica hacia ese territorio. Sin embargo, como resultado de la Guerra, se han formado lazos mucho más fuertes entre Gran Bretaña y la comunidad isleña, basados en parte en las vidas perdidas durante el conflicto. También, puede ser que hasta cierto punto la clase política en Gran Bretaña quiera asegurar el bienestar de la comunidad malvinense como expiación de su culpa por dejarla vulnerable en 1982.

Un cambio aún más profundo se ha producido en las Islas mismas. La comunidad pastoral del pasado se ha convertido en una sociedad más diversa, llena de confianza, ambiciosa, próspera y, sobre todo, profesionalizada respecto a su administración. Sería muy difícil ahora que un gobierno británico considerara opciones para el futuro de las Islas sin que los representantes de sus habitantes participaran en las deci-

siones. Así que, cuando se publicó en The Independent del 14 de junio de 2013 una carta de la embajadora argentina en la que pidió que ‘el Reino Unido emprenda negociaciones con nosotros sobre el futuro de las Islas’, creo que ese paradigma ya no se conforma con la realidad vigente. El nuevo protagonismo de los isleños no es parte de alguna estrategia británica. Parece más bien una evolución natural de la sociedad isleña, parecida quizás a lo que pasó en las colonias españolas en las Américas hace 200 años. Por eso digo que las Islas de hoy no son las de 1982.

Promoviendo la política argentina

¿Cuáles son las repercusiones de estas observaciones para quienes apoyan el reclamo argentino sobre las Islas? Sabemos que la diplomacia argentina ha juntado muchos argumentos eruditos a favor de su reclamo. También sabemos que, en una entrevista con The Guardian durante su visita a Londres en febrero de 2013, el Canciller argentino previó que la disputa de soberanía se resolvería a favor de la Argentina dentro de 20 años. Esta confianza en que la historia se va a resolver a su favor debe ser un factor estabilizador en este diferendo: me recuerda los marxistas que gobernaban en ciertos países europeos durante el siglo veinte, seguros de que, en conformidad con las escrituras de Marx, la historia iba resolviéndose a su favor. No necesitaban hacer nada arriesgado: la historia estaba de su lado.

Si el Canciller duerme tranquilo con la certeza de que el diferendo se va a resolver en menos de 20 años, será porque cree que ciertas cosas van a ocurrir. Lo principal es que la Cámara de los Comunes y la Cámara de los Lores en Londres van a votar a favor de un cambio de estatus de las Islas. Y en las Islas duermen muy tranquilos con la certeza de que el Parlamento británico no va a cambiar nada sin que los Isleños lo aprueben.

De esto surgen dos preguntas: ¿qué nuevo estatus constitucional favorable para la Argentina sería aceptable para los isleños y, así, los políticos británicos? Y ¿cómo puede la Argentina promover ese nuevo estatus entre esos tres grupos?

A mi juicio la Argentina tiene ciertas cosas a su favor. La constitución de 1994 es provechosa: primero, afirma un reclamo solemne a las Islas que algún día puede ser una prenda de negociación utilísima (como ocurrió en el acuerdo de paz sobre Irlanda del Norte, cuando la República de Irlanda rescindió su reclamo hacia el Norte a cambio de importantes avances en su influencia en ese territorio). Segundo, la Constitución garantiza el estilo de vida de los is-

leños, una postura sabia que refleja los valores democráticos de las tres partes y de esta manera destaca su común cultura de tolerancia. Tercero, la postura argentina a favor del diálogo implica la posibilidad de que ese diálogo lleve a lo que en inglés se llama 'compromise' (un acuerdo aceptable a todas las partes).

Sobre este último punto, sin embargo, vale mencionar que el Foreign Office duda de las intenciones argentinas cuando se habla de diálogo. El Foreign Office asume que la idea argentina es negociar una transferencia de soberanía de las Islas a la Argentina – en otras palabras, negociar con un fin predeterminado. El Canciller ha dicho (por ejemplo, ante el Comité de Descolonización de la ONU en 2013) que el diálogo sería "sin precondiciones y sin exigencias", pero el Foreign Office necesitaría una idea más clara de las metas de la negociación propuesta antes de contemplarla. Los diplomáticos británicos no quieren embarcarse en un proceso de diálogo destinado a fracasar. (Lo ideal para ellos es una relación fuerte anglo-argentina, bajo el mismo 'paraguas' que se desplegó por primera vez en 1990).

Desde luego la embajada argentina de Londres intenta influir en el pensamiento británico y ha lanzado algunas iniciativas, aunque hasta ahora sin grandes repercusiones. Por ejemplo, la reunión 'prodiálogo' europea en febrero de 2013 habrá reasegurado a los partidarios de la postura argentina: repetir el ejercicio valdría la pena si fuera posible juntar a individuos más destacados y con más peso en la política de sus respectivos países. Por mi parte, preferí el vídeo promocional producido por el gobierno argentino hace un par de años sobre cómo sería la vida en las Malvinas bajo una administración argentina – una visión idealizada de las tradiciones inglesa y argentina conviviendo en armonía, algunos tomando té, otros mate, mientras escuchan canales de radio en ambos idiomas y vuelos llegan desde Londres y Buenos Aires. Quizás un largometraje sobre un tema parecido, dirigido por Carlos Sorín tal vez, podría llegar a un público mayor.

Al nivel intergubernamental, tienden a ser las afirmaciones menos acertadas de los líderes las que se imprimen en la memoria y que llegan a definir la imagen de éstos. Sin embargo, por lo general, creo que en varias ocasiones las declaraciones han sido notablemente moderadas, por ejemplo en los discursos públicos en el 30 aniversario de la Guerra. Sin embargo, mencionaré dos casos donde creo que se hubiera podido manejar mejor la 'diplomacia pública'. Primero, hace tres años, llegó al poder en Londres el gobierno de coalición, trayendo consigo el nuevo fenómeno de la participación del Partido Liberal-

Demócrata en el gobierno nacional. Los 'LibDems' tienen la ventaja de ser relativamente libres de posturas fijas e ideológicas, y se pudo atrever a pensar en la posibilidad remota de que ellos, junto con el nuevo 'conservadurismo compasivo' de Cameron, pudieran sentir empatía con la postura de todas las partes del diferendo. Esa esperanza duró sólo el tiempo necesario para que el mensaje de felicitaciones llegara desde Buenos Aires, expresando el deseo de que la nueva administración reevaluara la política británica hacia el tema Malvinas. El nuevo gobierno se vio inmediatamente obligado a responder, y obviamente – en la mira de los isleños y sus partidarios en Londres – a reiterar la fórmula tradicional de apoyo a la autodeterminación de los habitantes.

Segundo, en febrero de 2013, el canciller británico pareció intentar 'emboscar' al canciller argentino cuando invitó a dos legisladores malvinenses al hipotético encuentro entre los dos ministros. El canciller argentino se negó a acudir, y se perdió la oportunidad de contacto entre los dos gobiernos. Sin embargo, desde otra perspectiva, se podría argumentar que la aparente 'isleñofobia' del oficialismo argentino es contraproducente. Primero, porque parece contradictorio garantizar los intereses de los isleños por una parte pero luego rehusar hablar con ellos por otra parte; y segundo, porque el reclamo al diálogo sin precondiciones parecería más auténtico si incluyera a los isleños. Excluirlos parece desprestigiarlos, y – para la opinión pública británica – eso tiene sabor a 1982.

El pensamiento del SAC

Durante los años recientes miembros del Consejo del Atlántico Sur han propuesto varias ideas destinadas a flexibilizar la relación trilateral. Se han evaluado ideas asociadas con la promoción de resolución de conflictos. Se han redactado documentos sobre la posible incorporación o independencia de las Islas. Se han expresado dudas sobre la utilidad del concepto de la soberanía – radicado en el siglo 19 – para avanzar un tema político del siglo 21, una época cuando la 'soberanía' de cada país está sujeta a normas que se originan en organismos internacionales como la Unión Europea o el Mercosur. Por eso mi colega Peter Willetts formuló en 2012 el concepto de la 'soberanía distribuida'(4) – un nuevo marco teórico que ofrece una manera de reconciliar los intereses de las partes de la disputa.

Otro estudio nuevo(5) en el sitio web analiza la demografía diversa de los isleños, los orígenes del referéndum de marzo de 2013, y cómo el debate inspirado por el referéndum ha afectado la autoimagen

de esa comunidad. Es evidente que el voto 'Sí' encubre un interés creciente en otras formas constitucionales, a saber la independencia o la libre asociación con otro país. Hace años que los representantes elegidos de los isleños afirman que, a su modo de ver, no existe ningún 'problema' con el estatus de las Islas: los isleños simplemente quieren seguir viviendo la vida que han escogido. No tienen nada en contra de buenas relaciones con la Argentina, pero al fin y al cabo no les importa si la Argentina no las quiere (lo que sí les molesta es que la Argentina tome lo que consideran medidas hostiles contra la economía malvinense). Nada de eso es nuevo. Lo que sí es nuevo es la idea expresada cada vez más por los isleños que las Islas son su 'país', y que ellos son en primer lugar isleños y en segundo lugar británicos. Cualquier evolución del estatus del territorio tendrá que basarse en un mayor grado de autonomía si va a coincidir con la evolución demográfica y política de las Islas.

Soy consciente de que mi mensaje es desalentador para partidarios del reclamo tradicional argentino sobre las Islas. Que nadie se desespere. Nuevas condiciones generan nuevas oportunidades. Otro miembro del Consejo del Atlántico Sur, Alan Tabbush, ha delineado un escenario(6) donde la Argentina y Gran Bretaña podrían llegar a un acuerdo según el cual los isleños tendrían soberanía sobre el territorio, en libre asociación con un protectorado argentino-británico que dirigiría la defensa y los asuntos internacionales de las Islas. Los isleños podrían optar por ciudadanía argentina, británica, o las dos. Este escenario – compatible con el concepto de la 'soberanía distribuida' – puede representar un 'compromise' alcanzable: mejor quizás para la Argentina compartir algo que reclamar todo en vano.

Una perspectiva personal

Hablaba antes del desafío de adaptar la postura argentina sobre las Islas para un público británico. Ganar la confianza del público isleño obviamente sería una tarea aún más exigente. En marzo de 2013 el Embajador Petrella nos recordó en un artículo(7) publicado en www.infobae.com que en los años sesenta el envío de jóvenes maestras a trabajar en las escuelas de Malvinas, entre otras formas de cooperación, logró un grado de convergencia entre las Islas y la Patagonia. Me parece que cualquier iniciativa de ese tipo tiene más probabilidades de generar cambios constructivos que un sinfín de declaraciones diplomáticas emitidas en las cumbres regionales – sobre todo si ese tipo de integración a nivel ciudadano se sostiene durante varias generaciones (algo más que los 20 años del Canciller, lo confieso).

Para mí, la formulación tradicional de la disputa sobre las Malvinas ha sido contraproducente. Si se la concibe como una contienda donde 'el ganador se lleva todo' nunca se solucionará, porque siempre habrá un perdedor que considerará que sus derechos legítimos no han sido satisfechos. Me encantaría que se remplazaran las reclamaciones de 'son nuestras' por un diálogo sobre '¿cómo podemos compartirlas de la mejor forma posible, a beneficio de las comunidades de la zona que tienen un interés auténtico en el manejo del territorio?'. Muchos ingleses, argentinos e isleños compartimos una fe común judío-cristiana que exige respeto mutuo y amor al prójimo: si insistimos en afirmar derechos exclusivos sobre los recursos como el territorio o el mar, o si no tenemos voluntad de empatizar con el prójimo, actuamos en contra de esos valores.

El Consejo del Atlántico Sur desea alentar el proceso de comprensión mutua, y aplaudimos la iniciativa del CARI para fomentar discusión sobre el tema.

NOTAS:

- (1) *Tlön, Uqbar, Orbis Tertius*, J.L.Borges, 1940.
- (2) Este concepto parece intelectualmente defectuoso, dado que la mayoría de los acontecimientos que desestabilizan el equilibrio del asunto Malvinas surgen de factores 'no manejables' fuera del control del Reino Unido – por ejemplo, la invasión argentina de 1982, la renuncia argentina de ciertos acuerdos bilaterales bajo el gobierno de Néstor Kirchner, y la ofensiva diplomática lanzada por el gobierno de Cristina Fernández de Kirchner. Podría afirmarse entonces que la doctrina de 'manejar el asunto' equivale a permitir (o incluso alentar) que ocurran acontecimientos desestabilizadores. Según la perspectiva del Consejo del Atlántico Sur, es mejor tratar de prevenir acontecimientos desestabilizadores buscando una solución negociada al diferendo aceptable a todas las partes.
- (3) Según algunos expertos, lo que ocurrió en 1982 era más bien un conflicto entre las fuerzas armadas del Reino Unido y de la Argentina que una guerra entre las dos naciones, por no haberse producido una declaración de guerra formal.
- (4) Distributed Sovereignty and the Falkland Islands (Malvinas) dispute, Professor Peter Willetts, June 2012, <http://www.staff.city.ac.uk/p.willetts/SAC/OP/OCCPAP11.HTM>
- (5) A Report on the Referendum on the Political Status of the Falkland Islands, Professor Peter Willetts, June 2013, <http://www.staff.city.ac.uk/p.willetts/SAC/OP/OCCPAP12.HTM>
- (6) The South Atlantic Conflict – A Way Round, A Tabbush, febrero de 2012, <http://www.staff.city.ac.uk/p.willetts/SAC/COMMENTS/AT080212.HTM>
- (7) 'Otro 2 de abril', Fernando Petrella, 2 de abril de 2013, <http://opinion.infobae.com/fernando-petrella/2013/04/02/otro-2-de-abril/#more-38>